

**Susti, Alejandro (ed.). *Abelardo Oquendo: la crítica literaria como creación*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2020, 325 pp.**

DOI: 10.36286/mrlad.v3i6.91

Uno de los ejercicios literarios menos atendidos por la esfera pública es el de la crítica a través de las reseñas. A menudo, esta se confina en las arcas —casi siempre cerradas— de la universidad. Y en estas, se ubica en las revistas académicas con una llegada limitada en relación con las amplias masas del público para el que está destinado. Claro que, en los grandes medios —y, aun así, su alcance resulta ínfimo—, la labor crítica mediante reseñas ha sido capitalizada y, por tanto, instrumentalizada con intereses no ajenos a la literatura, pero sí mercantiles, “argolleros”, por decir lo menos. Todo esto, en desmedro de la crítica literaria.

Sebastián Salazar Bondy, al referirse a este tipo de crítica en los medios masivos, señala que la misión principal de estos autores es “procurar orientación al lector, darle instrumentos para que aprecie hondamente el objeto de arte que contemplará, y enseñarlo, de paso, como un pedagogo, donde radica la falla y el acierto que haya intuido por su cuenta”<sup>1</sup>. Dada esta preceptiva, la reseña crítica permitirá al lector prepararse metódicamente para introducirse en la obra escogida, afinando su juicio a través de la lectura atenta del conocedor. Abelardo Oquendo intuye que la caída de estos ejercicios literarios, como señalamos en el párrafo anterior, se debe al bajo nivel de importancia que le otorga el público; pero aún más a la ausencia de aquellos personajes que ejercieron la crítica, como Salazar Bondy y los lineamientos aludidos con los que manejaba su práctica de lectura y escritura. Y es el mismo Oquendo uno de estos intelectuales, pues la influencia de su prosa y de su actividad editorial en el campo literario es innegable: la primera por la capacidad de ejercer un juicio certero con aquellos autores contemporáneos, a pesar del impacto mediático que generaron a su alrededor; y la segunda por el legado dejado en *Hueso Húmero* y *Mosca Azul*.

*Abelardo Oquendo: la crítica literaria como creación* (2020), editado por el investigador y escritor Alejandro Sustí, es una recopilación de los escritos dispersos del

---

<sup>1</sup> SALAZAR BONDY, S. (2014). Los críticos del crítico. En *La luz tras la memoria* (p. 343). Lima: Lápix.

autor, renuente a recopilarlas, de sus reseñas periodísticas, suplementos de cultura, revistas académicas, prólogos, conferencias y entrevistas. El objetivo de este libro es difundir la escritura y la reflexión de Oquendo acerca de la literatura con la consistencia que otorga la aparición de los breves textos en un mismo tomo.

Luego de la lectura del libro, y como también lo testimonian sus amigos más cercanos y lectores atentos, notamos que la crítica de Oquendo no precisa de rebuscamientos teóricos ni profundizaciones metodológicas, debido a que esta circuló por los grandes medios: *El diario de Marka*, *El Comercio* o *La República*. Esto no implica que no sea un comentarista preparado o que posea escasa formación académica: así, sostiene que prefiere “esconder la cocina”, es decir, los métodos teóricos que subyacen a sus textos. La necesidad de acercar las obras al público en general requiere de un comentarista que no complique la reseña a través de ropajes teóricos, sino que facilite la ejecución de la lectura crítica, sobre todo, “en una época donde la crítica se ha complicado tanto con la semiótica, el estructuralismo y todo lo que está o estuvo de moda” (p. 272). Esta máxima, además del manejo cuidadoso de la prosa, hace de sus textos ágiles y placenteros comentarios que buscan hallar en la obra analizada un equilibrio constante entre el fondo y la forma, sin dejar de atender a las condiciones sociales en las que se inserta. Y esto es lo que más llama la atención de su crítica.

Situado en el contexto polarizado de la literatura de la Generación del 50, Oquendo era consciente de los perjuicios a los que la crítica estaba sometida. Por tanto, comprendía los extremos en los que se ubicaba a los comentaristas literarios, lo que le permitió huir de ellos sin que desatendiera la “visión del mundo”, la ideología ni tampoco lo “poético”; o, en sus términos, equilibrar la “ética de la forma” con la “ética del sentido” (p. 76). Y por ello, le era posible expresar que “si la crítica asume una posición estética a ultranza está tratando de enmascarar la realidad, sobre todo está negándose la posibilidad de una crítica con perspectiva marxista, una verdadera crítica de izquierda” (p. 275), de la cual avizoraba su prosperidad en el sistema literario nacional.

Es así que asume una perspectiva enjuiciadora ante los poetas de los años 50, con la que puede discernir cuál es aquel principio que particulariza su escritura ante la tradición:

“el ejercicio poético como un instrumento de acción social” (p. 212). Sin embargo, este se fundamenta en dos ilusiones, las mismas que truncarán su eficacia. La primera de ellas es la ilusión de que los poetas se dirigen y modifican a una masa; la segunda, que sus denuncias resultan elementales, básicas, lo que les lleva a pensar en “la revolución para mañana” (p. 215), de una insurgencia llamando a las puertas de la nación, lo cual conlleva a una crítica del lenguaje construido por dichos autores. Esto, como herramienta política, “precisamente por articularse en la ilusión, no era de lo más provechoso [...] y es uno de los defectos fundamentales de la poesía de los años 50” (p. 215). Es su concepción de una crítica literaria con ética de la forma y ética del sentido lo que le otorga la posibilidad de discernir las bases de un momento polémico de la poesía nacional.

Otra muestra es la observación crítica del proceso poético de Carlos Germán Belli, de quien Oquendo asiste a su reconocimiento internacional como creador. Con *¡Oh Hada Cibernetica!* da cuenta del manejo que tiene el poeta de “palabras, giros y recursos arcaicos” (p. 42) para mostrar deleitablemente la desdicha ajena hasta elevarla a un estatuto artístico. Sin embargo, advertía que “la temática de su poesía iba reduciéndose y concentrándose, su mundo se hacía cada vez más cerrado y obsesivo pero también más profundo e intenso” (p. 85). No obstante, esta progresión de la intensidad va mermando hasta “convertirse en una exangüe reiteración” (p. 86): el desgaste de la *persona* poética elaborada por el lenguaje del primer Belli no permite que se adecúe en la nueva visión propuesta desde *Sextinas y otros poemas*. Evidencia, con pesar, una alteración en el devenir poético de Belli, pues ha perdido, señala, la base vital y la intensidad de su primera etapa. Así, operando nuevamente la formulación del equilibrio entre la ética de la forma y del sentido, demuestra que la poesía es un don temporal: ser un buen poeta “depende no solo del talento sino de la fuerza, la profundidad y la índole de las experiencias que viva” (p. 133).

Así como con Belli, la crítica ejercida por Abelardo Oquendo le permite ir en contra de la marea de lectores (y del mercado), como ocurre en su lectura de *Cantar de ciegos* de Carlos Fuentes: el lector iniciado en la obra de este escritor “no podrá menos que encontrar algo desproporcionado el favor de la crítica y del público que goza este narrador mejicano” (p. 165); o con *Redoble por Rancas* de Manuel Scorza: “El afán de gustar, de tener éxito

parecería ser el mayor responsable de que, entre las múltiples posibilidades de tratar el excelente asunto de su obra, el autor haya optado por aquella que le permitía mejor ser entretenido y brillante” (p. 93), esto es, lo convierte en una novela frívola frente a un acto de denuncia social.

De este modo, la reunión por primera vez de la obra de Abelardo Oquendo nos ayuda a observar los planteamientos y propuestas de la literatura de un crítico que se encuentra en uno de los momentos más importantes de nuestra literatura del siglo XX, desde las polémicas generadas por la Generación del 50 hasta la eclosión del boom. El volumen se completa con testimonios de sus amigos más cercanos como Mirko Lauer, Peter Elmore, Alonso Cueto y Mario Vargas Llosa y un álbum fotográfico del archivo familiar. El libro es, pues, un homenaje a la trayectoria del crítico.

Y por ser un homenaje a un escritor tan cuidadoso en su prosa, son llamativos, y muchas veces fastidiosos, los errores de edición (palabras, diagramación, orden en los pies de página). Por ello, es necesaria una revisión más cuidadosa del material seleccionado, de corrección ortográfica, de unificación de criterios en los textos de cada sección, etc.

Los textos escogidos de la obra dispersa de Oquendo nos expresan los avatares de su trabajo literario tanto en su calidad de crítico como de lector. De esta manera, podemos sorprendernos gratamente cuando en la entrevista de Federico de Cárdenas y Peter Elmore, luego de reconocer la extraordinaria narrativa de Vargas Llosa, señala que esta no cumple lo que él espera de la literatura; es decir, el que propicie un cambio interno o de perspectiva. Sin embargo, con respecto a la obra de Arguedas, “mi relación con este país sufre una importante modificación tras la lectura de su obra. Aunque puedan aducirse imperfecciones técnicas en sus novelas, creo que Arguedas es nuestro narrador más importante” (p. 288).

Alex Hurtado Lazo  
*Universidad Nacional Mayor de San Marcos*  
*ESANDINO – Estudios Andinos de Interculturalidad: Quechua y aymara*  
alezhl96@gmail.com  
<https://orcid.org/0000-0003-2722-6635>